

## Joseph Pérez. Historia de España en estado puro.

“¿Porqué ese ensañamiento contra España y sus soberanos? Algunos españoles tienen su parte de responsabilidad en este enfoque parcial y partidario al insistir tanto sobre la especificidad de su nación en el conjunto europeo, como si las cosas de España no tuvieran nada que ver con la problemática de Europa. Desde luego, España, como toda nación, tiene su singularidad pero no hasta el punto de formar una entidad independiente de las demás”.

Estas palabras, escritas en 1993, cuando la transición política estaba ya dándose por acabada y en España se afianzaba una vocación europeísta, definen -creo- la labor de Joseph Pérez como historiador. Muchos historiadores se plantean su oficio como una forma de servicio a su sociedad. Pero pocos lo han hecho como él, con el país de nacimiento de sus padres, emigrantes valencianos a Francia en 1924. Para varias generaciones de historiadores españoles, empezando por la de quien esto firma, el historiador francés, director de la Casa de Velázquez (1989 - 1996), forma parte de ese grupo que llamábamos -cada vez menos, no sé si por fortuna- hispanistas, que han sabido ver España desde fuera para llamarnos la atención sobre el país que tenemos y donde estamos. Pérez, como Bennassar o Vilar, lo hizo con el distanciamiento crítico que le permitía su condición de francés que hablaba sin miedo a ser malinterpretado. Son varias las claves que explican esta contribución.

Si algo supo hacer Joseph Pérez fue una correcta selección de los temas a los que prestar atención y si algo estuvo lejos de su interés -o al menos de su tratamiento- fue el academicismo que se olvida de los problemas de nuestra sociedad y de nuestro público; un hecho este no extraño a los modernistas de todo el mundo, capaces de excelentes contribuciones sobre las piezas del pasado pero que necesitan siempre de quien reconstruya el conjunto con esas piezas, las ponga en relación con el presente y, sobre todo, con los mitos del pasado que lo condicionan, despojándolos de la memoria que el tiempo ha creado sobre ellos y que no siempre resisten la mirada crítica.

Es precisamente por ello por lo que las referencias y los temas de Joseph Pérez estuvieron sobre todo guiados por problemas cruciales en la imagen de España y su historia: el mismo concepto de España como estado y como comunidad y su compleja construcción; el humanismo español y la ilustración, que enlazan con el carácter modernizador o no de ese pasado; los iluminados, los judíos, la brujería, la Inquisición, que afectan a un componente fundamental de esa modernización, como es la tolerancia; el modo en que se llega a una visión negativa de lo español, que a veces crea pesimismo paralizante en el presente; los estadistas (Isabel y Fernando, Carlos V, Felipe II o Cisneros), que están detrás de los grandes giros o las oportunidades perdidas en la historia de España y el modo en que se veía en el siglo XX (y antes); los comuneros, como exponente de la España que no pudo ser, e incluso los movimientos de independencia americana. Se trataba de diseccionar los entresijos de esa nebulosa que ha dejado la patina

del tiempo, y muchos intelectuales a los que “dolía” España, para acercarse a la Historia en sí misma.

En un mundo académico como el de hace medio siglo, que se había olvidado en buena medida de los debates conformadores de esa imagen de Américo Castro, de Sánchez Albornoz y de otros y de sus conclusiones esencialistas sobre el “ser español”, Joseph Pérez tuvo la osadía intelectual de tomar a algunos de ellos como sus contrincantes intelectuales, mientras muchos de nosotros intentábamos olvidarlos esperando que sus obsesiones no salieran de sus tumbas (lo que, por cierto, ha ocurrido recientemente). Pero, tras la revolución historiográfica del siglo XX -que tiene una pieza fundamental en los *Annales* y en historiadores como P. Vilar, a quien no perdía de vista- las armas de Pérez eran muy diferentes. Se trataba, y de ahí la enorme erudición de sus estudios, de los que *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)* es el mejor ejemplo, de contextualizar hasta la saciedad los acontecimientos y las acciones humanas como único recurso para hacerlas comprensibles en su lógica pero también en su irracionalidad (se refería a la expulsión de los judíos y de los moriscos como dos “fracasos de España”). Se trataba de evitar el anacronismo y la generalización abusiva y esencialista desde el pasado hacia el presente que latía en muchas de las construcciones anteriores. Pero, además, Pérez se valió a veces de un arma que quizás haya pasado desapercibida para muchos: la historia comparada. Nunca escribió, que yo sepa, una comparación clásica en que dos o más realidades se ponen frente a frente en parejas dimensiones. Pero sí hizo -y cómo- lo que hoy llamamos una comparación asimétrica, estudiando a fondo un tema del que ya de entrada se plantea su existencia en otras sociedades para, una vez desentrañado y desbrozadas sus partes, comparar algunas de sus facetas con ese universo más amplio. Es, como se puede ver en sus estudios sobre los judíos o su expulsión o sobre la Leyenda Negra, un método infalible para luchar contra los estereotipos (y estos le interesaban notablemente, como demuestra el título dado a su compendio *Mitos y tópicos de la Historia de España y América*); un arma certera, al menos en manos del historiador francés, quien como muchos grandes no escribió mucho sobre el modo en que debemos hacer historia pero nos enseñó cómo hacerla. Creo que estos dos recursos resumen muy bien su modo de aproximarse al pasado, pero hay otro: una prosa directa que podía ser incluso hiriente como la que usa cuando se refiere al mito de la España de las tres culturas, tan cómodo para muchos y arma política para otros hoy en día y que inadmisiblemente nos intenta presentar un paraíso perdido que nunca existió. Esa prosa era la que permitía a Pérez sintetizar temas complejos, dirigiéndola al problema central de ellos, con estocadas certeras, como demuestra en sus obras de síntesis analítica sobre la Historia de España, Carlos V o Felipe II, a quien parece querer “poner en su sitio”, más allá de los mitos pasados y de las recreaciones benignas más recientes.

La contribución así a los temas aludidos arriba es esencial, no sólo para la historia de España, sino también para la de América, esta última ya casi una obligación tras la fundación con su liderazgo de la *Maison des Pays Iberiques* en

Burdeos. Pérez nos mostró la España que no pudo ser en la revolución de las Comunidades, donde -dice- "se perdió ... quizá la libertad política y la posibilidad de imaginar otro destino distinto al de la España imperial", una frase que, leída en 1977 por los que habíamos aprendido mal eso de la "España imperial" en los manuales del franquismo, era toda una declaración de guerra, tanto más cuanto que el libro hablaba desde su frontispicio de una "revolución" y además moderna, palabra tabú si se aplicaba a la Castilla conformista y vertebradora del imperio que gustaba de confundir Castilla con España y a España con una dinastía. Es esa misma actitud crítica con respecto a los mitos historiográficos la que late en otras obras, pero sobre todo en su visión de los Reyes Católicos, quienes frente a la imagen de "modelos de devoción" fundadores de la patria, domadores de la nobleza, adalides de una paz autoritaria tras una guerra civil -no hay que subrayar las resonancias -, son presentados como los constructores de un "estado" que no quiso o no pudo terminar con un mapa jurisdiccional y regnícola basado en la diversidad, hubo de negociar con los nobles y con las ciudades y, encima, "fracasó" al expulsar a los judíos en un intento de buscar la uniformidad. De nuevo, son los cimientos de lo que nos habían dicho que era España, lo que conforma el tejido en que entraba, cortando, separando y reconstruyendo el bistoriador.

Darían de sí mucho más estos comentarios si nos detuviéramos en las revisiones sobre su propia obra., algunas de las cuales él mismo realizó. Pero es indudable la gran contribución que hay en ese intento de desnudar el pasado y mostrar la Historia de España en estado puro, más allá de los mitos, de los pesimismoes paralizantes y de los triunfalismos que esconden la ignorancia sobre la historia de Europa en discursos excepcionalistas. Pérez nos ayudó a digerir el pasado y a reconocernos en nosotros mismos.

Bartolomé Yun Casalilla

Valladolid 12 de octubre de 2020